

LAS RATONCITAS (TROGLODYTES) Y LAS CULEBRAS

En mi casa de Córdoba, valle de los Reartes, se habían dejado sin tapar en los pilares del guarda patio, los agujeros donde van incrustadas las rejas, ofreciéndoles así, cómodos habitáculos para construir sus nidos a las curucuchas o cuturritas como le llaman a *Troglodytes musculus*.

Una mañana de enero de 1920, estaba sentado en una de las galerías que da frente al guarda patio, cuando oí gritar por repetidas veces con el tono de alarma, como la interjección de silencio, a una de las ratoncitas que anidaban en los agujeros de los pilares. Busqué con la vista la causa y vi a una culebra inmóvil al pie del pilar donde estaba el nido, mientras su dueño revoloteaba por encima a corta distancia o corría a su alrededor con las alas algo caídas, tan próximo, que, dada la rapidez de estos ofidios para atacar, no dudé un momento que la atraparía. Tomé el palo para cazar serpientes, que era uno que llevaba un piolín con un nudo corredizo en uno de los extremos y en seguida pude libarr al pobre pajarito de su agresor.

Una tarde del mismo mes y año, vi una culebra [*Philodryas Schotti* (Schlegel)] que se deslizaba junto a la pared del hastial de un rancho de unos 4 metros de alto, que, en el lugar donde asienta el tirante del caballete había un pequeño agujero ocupado por un nido de una ratoncita cuyos pichones empezaban a salir. Uno de sus dueños vió la culebra y descendió volando desde la altura que lo ponía a salvo de todo peligro y comenzó a torearla con revoloteos próximos a la cabeza, corridas por el suelo y gritos sin cesar. Escapó por dos veces milagrosamente de los ataques que le dirigió la serpiente, abriendo la boca y proyectándose sobre ella con la fuerza y rapidez de una goma estirada cuando se la suelta de uno de los extremos y queda fija del otro, sin que por esto escarmantase. Traje el palo con el lacillo para cazar la culebra y mientras lo hacía, no se retiró, a pesar que la espanté varias veces. Después que maté la culebra, con el piolín la aseguré a la punta del palo y se la presenté a la ratona suavemente donde estaba posada; no obstante el cansancio que le hacía abrir el pico, recomendó obstinada sus cortos vuelos, sus escaramuzas de antes y se detuvo sobre una ramita de un árbol cerca del suelo, en el lugar que estaba, allí fui con el cadáver de su enemigo y se lo acerqué lentamente. Al verlo venir, se exaltó, gritando y aleteando sin alejarse, hasta que en una oportunidad pude tocarle las plumas esponjadas de su pecho con el hocico de la culebra muerta y recién al sentirla, cambió de sitio, sin que la siguiese persiguiendo.

ALBERTO CASTELLANOS.